

encontramos cautivos; él en la *San Márcos*, yo en la *Leona*. Sea lo que Dios quiera.

—Tú no eres mi cautivo, Manuel, dijo Aben-Shariar; si te he combatido, es porque no he podido hacer otra cosa; pero mi *Leona* te llevará libre y respetado á tu isla de Corfú; de la misma manera voy á ver si puedo librar á José Kaivar y á tus corsarios, que pasarán á bordo de la *Leona*, y como tú serán conducidos á Corfú.

—Mira no seas tú también hecho cautivo, dijo Manuel Karuk.

—No, acabo de prestar un servicio á la República, y estoy seguro de ser respetado.

Aben-Shariar salió á la cubierta, dió algunas órdenes, y un momento despues disparó uno de los cañones de crugia, y al mismo tiempo fué izada al tope del árbol mayor de la *Leona* la bandera de parlamento.

La *San Márcos* contestó con otro cañonazo, y dejó ver su bandera de parlamento en su árbol mayor, y viró para acercarse á la *Leona*.

Media hora despues, una chalupa, en que iba solo con seis remeros Aben-Shariar, atracaba al costado de la *San Márcos*.

XIV.

Aben-Shariar saltó á bordo.

En vez de su traje levantisco, llevaba un hermoso traje de patricio veneciano.

Al verle Rugiero Maffei, le miró profundamente y le dijo:

—¿Qué es esto, monseñor; en qué situacion y en qué lugar tan extraño volvemos á encontrarnos.

—Vicisitudes de la vida, mi querido señor Rugiero Maffei; pero ¿por qué me dais el tratamiento de monseñor? Sin duda por costumbre, ¿no es eso?

—No ciertamente, monseñor, sino porque como aún no se os ha juzgado ni se os ha depuesto, para mí sois todavía miembro del Consejo de los Diez.

—Me alegro de saberlo, señor Rugiero Maffei, porque como el Consejo ha querido prenderme dos veces sin haberlo conseguido, yo me daba ya por sentenciado. ¿Teneis vos la tercera órden de prenderme?

—No ciertamente, monseñor.

—¿Puedo preguntaros qué órdenes teneis?

—Sí, monseñor; pero no puedo responderos, contestó sonriendo Rugiero Maffei.

—Perdonad mi indiscreccion; pero creo que sin ser indiscreto puedo recomendaros eficazmente al Consejo, para que os premie por vuestro valor en el pasado combate. Pasemos á la cámara.

—Iba á proponéroslo, monseñor.

Aben-Shariar delante, y Rugiero Maffei detrás, entraron en el alcázar de popa de la *San Márcos*, en el que quedaban señales del combate, en algunos agujeros abiertos por las balas del *Buitre*.

Aben-Shariar se sentó junto á una mesa, tomó un pliego de papel, y escribió por algun tiempo.

Despues cerró el escrito, le puso sobre al Consejo de los Diez, y le entregó á Rugiero Maffei.

—Estoy seguro, le dijo, de que el Consejo os premia-

rá por lo que habeis hecho; en ese pliego va una calorosa y justa recomendacion mia.

—Gracias, monseñor.

—Ahora, vamos al objeto que me ha traído aquí; quiero que me entreguéis el capitán corsario que habeis apresado; en cuanto á los otros corsarios, os los dejo para que desembarqueis con ellos en Venecia.

—Si ese capitán corsario pudiese sobrevivir á sus heridas, tendria el sentimiento, monseñor, de no poder entregároslo; pero en el estado en que está me es igual entregaros su cadáver ó arrojarle al mar.

—¡Cómo! dijo Aben-Shariar.

—Sí, monseñor, ese corsario está espirando.

—Llevadme á donde está.

—Seguidme al alcázar de proa, monseñor.

XV.

Un momento despues, Aben-Shariar se encontraba delante de José Kaivar, que moria abandonado en un rincón de la cámara de proa.

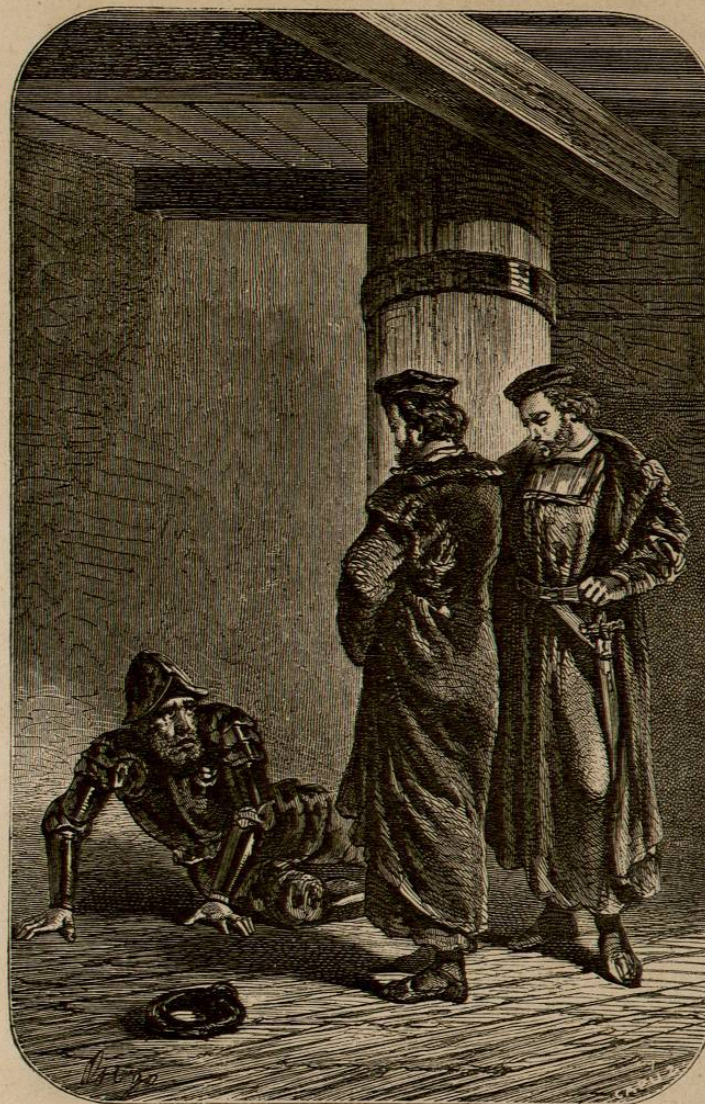
—¿Qué me quieres? dijo Kaivar terrible aún en su agonía.

—Quería salvarte, Kaivar, dijo Aben-Shariar.

—¿Y para qué? Muerto lo único que yo amaba en el mundo y vencido, lo mejor que puede acontecerme es morir; déjame, pues, morir en paz.

—Manuel Karuk me envia.

—Pues bien, si Manuel Karuk te envia y eres leal, dile que yo le maldigo, sino venga á su hermana Elena. Vete, y no me hagas sufrir más.



¿Que me quieres?

Aben-Shariar pretendió en vano hacerse oír de José Kaivar; en vano Rugiero Maffei pretendió que se dejase auxiliar en sus últimos momentos por el capellan de la *San Márcos*.

Al oír esto Kaivar, contestó estas solas palabras:
—Todo auxilio sería inútil; yo estoy condenado; dejad á Satanás que se apodere de su presa.

Y pocos momentos despues espiró.

XVI.

—Adios, dijo Aben-Shariar á Rugiero Maffei; nada tengo que hacer aquí; puesto que por lo que veo vais convoyando á la *Bella Genovesa*, nos volveremos á ver cuando volvais, despues de cumplido vuestro encargo.

—Adios, y hasta la vista, monseñor, dijo Rugiero Maffei.

Y Aben-Shariar bajó á su chalupa, y se volvió á bordo de la *Leona*.

XVII.

En el portalon le esperaba Manuel Karuk.

—¿Por qué vienes sin José Kaivar? le dijo.

—José Kaivar ha muerto, contestó Aben-Shariar.

—Dios lo ha querido, dijo triste y resignadamente Manuel Karuk; ¿y mis corsarios?

—El capitan de la *San Márcos* los retiene en nombre de Venecia, contestó Aben-Shariar; sería necesario un combate para libertarlos.

—Seria inútil; al presentar el combate á la *San Marcos*, para librarse del cuidado de ellos y combatir más desembarazadamente, los arrojarían delante de nosotros atados al mar; mejor es rescatarlos con oro, si es que tú cumples tu promesa de enviarme á mi isla de Corfú.

—¡Aben-Ali! dijo Aben-Shariar, contestando de este modo á Manuel Karuk.

Inmediatamente se presentó á Aben-Shariar el araez mulato que habia mandado la *Leona* durante el combate.

—Estoy completamente satisfecho de tí, le dijo Aben-Shariar; has cumplido perfectamente las órdenes que te di en el pasado abordaje; escucha ahora las que voy á darte.

—Tu esclavo escucha respetuosamente, poderoso emir, contestó inclinado de la manera más humilde Aben-Ali.

—Voy á pasar á bordo de la *Bella Genovesa*; cuando haya vuelto la chalupa, toma el rumbo de Corfú; cuando llegares, deja en tierra á mi hermano Manuel Karuk y á sus cinco corsarios que están aquí; despues, sin aceptar la más pequeña recompensa, partes de Corfú, tomas el rumbo á Túnez, y esperas allí mis órdenes. Véte.

Aben-Ali se inclinó y se alejó.

—Espero que no me tengas ódio por lo que ha sucedido, dijo Aben-Shariar á Manuel Karuk; me he visto obligado á hacer lo que he hecho; por otra parte, de las desgracias de tu hermana no es culpable Gabriel de Es-

pinosa; yo respeto y deploro tu dolor; pero no quiero tu enemistad.

—Dias lo ha querido, contestó Manuel Karuk, y tú has sido conmigo tan leal y tan generoso, que no puedo odiarte.

—Entonces, hermano, hasta la vista.

—Hasta la vista, hermano.

Y los dos corsarios se estrecharon fuertemente las manos.

Despues de esto, Aben-Shariar pasó á bordo de la *Bella Genovesa*.

Poco despues la *Leona* viró y tomó rumbo al archipiélago griego.

A puestas del sol, la *Leona* habia desaparecido en el horizonte.

La galera *San Marcos* continuaba á la vista de la *Bella Genovesa*, convoyándola.

Aquellos dos buques se fueron perdiendo al oscurecer entre las sombras de la noche, sobre el desierto mar, con rumbo á las costas de España.

Por último, cuando la noche cerró oscurísima, los dos buques se perdieron completamente entre las nieblas.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.